

Parashat
Vayetzé

♦ 58 ♦

ט' כסלו תשפ"ו

י"ל ע"י

קהילת שבתי בבית ד'

בנשיאות מורנו ורבנו הר"צ
רבי גמליאל הכהן
רבינובין שליט"א

טיב הקהילה

Edición en español

בספרדית

טיב המעשיות

Tiv Hamaasiot

¡Aparta la ira de tu corazón!

«Se enojó Yaakov y peleó con Laván; le contestó a Laván:
"¿Cuál es mi crimen? ¿Cuál es mi falta para que me hayas
perseguido?"» (Bereshit 31:36)

Aquí hay una gran pregunta: durante veinte años soportó Yaakov en silencio la vida en la casa de Laván; jamás se enojó ni abrió la boca para discutir con él o responderle. Siempre actuó con astucia y sabiduría, con la ayuda del Cielo.

¿Por qué, precisamente ahora, cuando ya se había ido y separado de él, se encendió su ira y discutió con Laván? ¿Qué necesidad tenía de toda esa disputa? Sin duda, Yaakov conocía bien a Laván y sabía que nada lograría con sus palabras, como lo demuestra la respuesta de Laván: «Las hijas son mis hijas, y el ganado es mío, etc.».

Hay un principio conocido en boca de todo el mundo: «El que grita no tiene la razón». Es decir, cuando una persona siente la necesidad de alzar la voz para demostrar su justicia, eso mismo demuestra que no está completamente en lo cierto. Pues si estuviera totalmente seguro de su rectitud, permanecería tranquilo y sereno. (Como se sabe, así funciona la prueba del detector de mentiras: si uno no tiene razón, se percibe el temor).

A veces la persona misma no sabe qué la impulsa a gritar, ni es consciente de que no tiene toda la razón, pero en su subconsciente se filtra una sensación de injusticia que le quita la paz y la seguridad interior.

Ahora bien, aunque ciertamente no tenemos comprensión de los actos de los Patriarcas, sin embargo, la Torá es enseñanza, y debemos aprender de ella lo que necesitamos aprender.

Durante los veinte años que Yaakov estuvo en la casa de Laván, actuó con una rectitud ejemplar, y por ello estaba siempre completamente seguro de su justicia. Sabía también muy bien con quién trataba: que con gritos y disputas nada ganaría. Por eso siempre se conducía con su habitual prudencia, poniendo en práctica lo que dice el versículo: «Con el puro te conducirás con pureza y con el torcido tratarás torcidamente» (Tehilim 18:27).

Pero en esta ocasión la situación era distinta: en realidad, la razón estaba del lado de Laván, pues Rajel había robado los *terafim* (ídolos domésticos) de Laván, aunque Yaakov no lo sabía. Y precisamente eso fue lo que le causó inquietud interior. Por eso «se enojó Yaakov y discutió con Laván»; decidió responderle y replicarle, y todo ello provenía de una incomodidad interna que él mismo no alcanzaba a explicar.

Por eso comenzó a hacer un examen de conciencia, diciendo: «¿Qué transgresión y qué pecado cometí, para que me persigas? Hace veinte años que estoy en tu casa...»; Yaakov buscaba entender por qué se había encendido su ira y sentía esa falta de calma.

Se desprende que las palabras de reproche de Yaakov no estaban dirigidas principalmente contra Laván, sino contra sí mismo: eran una manera de liberar y comprender su propia perturbación interior. Porque, en la mayoría de los casos, cuando una persona se enoja, en el fondo lo

טיב המערכות

Tiv Hamaaréjet

יִי שִׁינִי עֲנִידָה רַגֵּל מִשִּׁי
hermana»!? (Bereshit 30:1)

¿Es posible? El versículo explícito en la *parashá* de esta semana dice: «Y sintió envidia Rajel de su hermana». ¿De verdad? ¿Rajel Imenu, nuestra Matriarca, la justa, sintió envidia de su hermana? Esto es muy difícil de comprender por varias razones. Ante todo, ya está dicho que «La envidia carcome los huesos», y nuestros Sabios enseñaron que la envidia es uno de los rasgos que sacan al hombre de este mundo.

Y la pregunta mayor que todas: ¿cómo es posible que Rajel Imenu haya sentido envidia de su hermana? ¡Si ella misma renunció al novio, al esposo que le estaba destinado, y le entregó las señales que Yaakov le había dado! Entonces, ¿cómo puede ser que de repente surgiera en Rajel un sentimiento de envidia?

Ciertamente, lejos esté de nosotros siquiera pensar que Rajel Imenu haya sentido envidia de su hermana en ese sentido. Y así lo explica Rashí: «"Y sintió envidia Rajel de su hermana" — sintió envidia de sus buenas acciones. Ella se dijo: "De no ser más justa que yo, no habría merecido tener hijos"».

¡Ah! Ahora se entiende. Rajel Imenu sintió envidia de las buenas acciones de su hermana. Y acerca de esa clase de envidia dijeron nuestros Sabios: «La envidia entre Sabios aumenta la sabiduría». Y digna es Rajel Imenu de que también nosotros sintamos envidia como la suya, pues esa envidia es buena, correcta y muy deseable ante *Hakadosh Baruj Hu*.

Uno de los métodos del *Yétzer Hará* (la Inclinação al Mal) para engañarnos es decirnos que lo permitido está prohibido y que lo prohibido está permitido, invirtiendo el mal en bien y el bien en mal.

Hay momentos en que la persona necesita de cierta medida de orgullo para fortalecerse en el servicio a D-íos, pero el *Yétzer*, con su lengua engañosa, le susurra: «¿Cómo puedes enorgullecerte? ¿Acaso *Hakadosh Baruj Hu*, no odia a los soberbios?».

Y del mismo modo, cuando a veces se necesita la buena envidia —al ver a los justos en su plegaria, en su estudio, en su servicio a Hashem—, en ese caso la envidia es algo grande y muy bueno. ¡Al contrario! Siente envidia del justo, siente envidia de su servicio, siente envidia de los logros que alcanzó con gran esfuerzo.

Pero entonces aparece ese anciano necio, el *Yétzer Hará*, que con voz suave de «gran sabio» te dice frases como: «No es correcto sentir envidia», o «A través de la envidia no se puede avanzar en el servicio a Hashem», o «¿Para qué sentir envidia de ese justo?, tú también eres un buen judío», etc.

Y de esto debemos aprender de Rajel Imenu: «Y sintió envidia Rajel de su hermana». Sí, cuando se ven cosas buenas, buenas cualidades, temor del Cielo, servicio a D-íos, ¡está permitido y es necesario sentir envidia!

(Tiv Hatorá, Parashat Vayetzé)

hace contra sí misma. Cuando alguien está completamente en paz consigo mismo, no puede albergar una ira verdadera.

(Sefat Hayam)

Lo que se esconde detrás de la ira y el insulto

Me contó el Rav Hakadosh Eliahu Ratta, *zal*, fiel sirviente y discípulo del *Admor Hakadosh* (rabino jasídico) Rabí Shlomó de Zvihl, *zal*, varios relatos que muestran la inmensa humildad y modestia de aquel Rav Kadosh. Solía comportarse como si fuera algo sin dueño, como un desierto abierto ante cualquier criatura, completamente anulado y sin importancia ante sus propios ojos, como una nada absoluta. ¡Increíble, pero cierto!

Una vez, en víspera de Shabat, su discípulo lo acompañó a la *mikvé* (baño ritual). Allí el Rav encontró un rincón discreto donde dejar sus pertenencias.

En ese momento entró al *mikvé* un hombre que estaba muy enojado, irritado y lleno de amargura, refunfuñando y quejándose sin parar.

Cuando se dio cuenta de que Harav Hakadosh también estaba allí, decidió desahogar toda su ira y amargura precisamente contra él. (Aparentemente temía la reacción de otras personas, que no se lo habrían permitido, pero del Rav *Tzadik* no temió...).

Comenzó a gritarle al Rav sin la menor vergüenza, por toda clase de cosas que no tenían absolutamente nada que ver con él. El Rav, por su parte, guardó silencio y contuvo su espíritu, sin responderle palabra alguna.

Al ver aquel hombre que sus gritos no producían la menor reacción en el rabino, aumentó el tono más y más, hasta gritar con todas sus fuerzas y proferir duras palabras contra él, durante largo tiempo, sin interrupción. Insultó al rabino, se burló de él, le puso toda clase de apodosos despreciativos ante los oídos y ojos de todos los presentes, avergonzándolo en público.

Y el Rav, en su profunda humildad, seguía en silencio, sin decir ni media palabra. Se había colocado en tal grado de entrega que, según su actitud y falta

de reacción ante los insultos y burlas que se le arrojaban uno tras otro, parecía como si aquellas palabras no fueran dirigidas a él en absoluto, como si no sintiera ofensa alguna.

Cuando el Rav salió de la *mikvé*, de camino a su casa pidió a Rabí Eliyahu que, por favor, fuera a la casa de cierto judío adinerado y le solicitara un préstamo importante, pues necesitaba con urgencia una suma de dinero antes de la entrada del Shabat. Como una flecha disparada, Rabí Eliyahu corrió a cumplir la orden de su maestro.

Aquel hombre, que conocía y apreciaba la nobleza del Rav 'Shlomke', aceptó de inmediato y entregó la suma completa en préstamo.

Cuando Rabí Eliyahu regresó con el dinero en la mano, quedó perplejo al oír la siguiente instrucción insólita del Rav: «Ve, por favor, a la casa de aquel hombre que hoy me gritó en la *mikvé*, y entrégale este dinero como regalo».

Rabí Eliyahu quedó completamente atónito, sin poder creer lo que escuchaba, y preguntó al Rav con gran asombro: «¿Hasta dónde llega el límite de la superación de las propias cualidades? ¿Acaso porque lo insultó y se enojó contra el Rav, ahora merece recibir un regalo tan generoso? ¡El Rav ni siquiera tiene ahora con qué devolver el préstamo!».

El rabino le respondió con una sonrisa: «*Darfst far shteyn* ('Debes entenderlo')'. Cuando un judío viene al *mikvé* en víspera de Shabat y se comporta de esa manera, descargando toda su ira y amargura, evidentemente es porque aún no tiene listos sus preparativos para el Shabat. Si tuviera ya todo preparado, dispuesto y en orden para el Shabat, no se comportaría así...».

¡Detente y reflexiona! Mira hasta qué punto llegaba la cualidad de humildad de aquel

justo: no solo que no se enojó ni un poco, sino que descendió a lo más profundo del alma de quien lo había insultado, para comprender qué le faltaba, sin siquiera considerar que se trataba de una ofensa personal.

(*Kuntrás Tiv Hamaasé*, tomo V, pág. 22)

La puntualidad en el servicio a Hashem

El anciano Rebe de Gur, autor del *Imré Emet*, *zal*, era, como es sabido, excepcionalmente riguroso en el cuidado del tiempo. Cada uno de sus momentos y minutos estaba cuidadosamente calculado y aprovechado con suma precisión. Pero, al mismo tiempo, jamás esa exigencia lo llevó a la ira ni a la tensión, como suele ocurrir en personas estrictas. Por el contrario, siempre se encontraba en calma interior y serenidad mental.

Era conocido que podía concentrarse en un tema talmúdico sumamente complejo incluso en los últimos minutos antes de emprender un viaje, siempre que el reloj indicara que aún quedaban unos pocos minutos disponibles.

En una ocasión llegó a la estación de tren exactamente en el momento en que el tren entraba al andén. Al llegar directamente al vagón que le estaba reservado, se sentó en su lugar y abrió el mismo libro que había cerrado momentos antes, al bajar del carruaje que lo había llevado hasta allí.

Allí en el tren lo encontró un *deutsch* —uno de los *yekes*, judíos alemanes conocidos por su meticulosidad en todo, incluso en la puntualidad— que le comentó:

«¿No dicen que ustedes son puntuales con el tiempo? ¡Míreme a mí! Yo ya llevo aquí sentado en la estación media hora antes,

y ustedes llegan apenas en el último momento, justo antes del silbido de partida del tren...!».

Le respondió el *Imré Emet*:

«Estás equivocado. Con permiso, el verdadero *yeke* ('alemán puntual') no es aquel que desperdicia una media hora preciosa esperando en vano, sino quien llega exactamente en el momento justo».

